



DECIA don Eugenio D'Ors que los experimentos, con gaseosa, así que está muy bien que los experimentos políticos se hagan con asociaciones, que son la gaseosa de los partidos. Los consejeros se la bebieron a modo, principalmente los que dijeron que no les gustaba. Algo me dice, porque soy zorro viejo, que si llegan a sacar a debate los partidos hacen un canto épico y un loor, y luego no los votan. Y es que, dígame lo que se diga, los consejeros no son unos muertos de hambre, sino que están en el ajo, y siempre disparan por donde van los tiros, y no por otro sitio. Ni siquiera el señor Fraga, que si quiere se queda en Londres para toda la vida, dispara contra el pianista. Y mira que los fraguistas, los suprafraguistas y los sufraguistas (no sufragistas) le «conminaron» a que se determinase, pero, utilizando una de sus célebres expresiones, ni chicha ni limoná, o séase, que si quieres arroz, Catalina. Los noventa y tantos votos que obtuvieron las asociaciones es lo que en otros países se llama la mayoría clamorosa.



LA CIGÜEÑA TRAJO LAS ASOCIACIONES

(Definición del espíritu de adulterio)

Aquí hubo mayoría, pero de clamor, nada. El clamor, hay que darse cuenta de lo que es la vida española, fue contra las asociaciones. Después de lo que dijeron algunos áureos consejeros yo no hubiese tenido alma para votar las asociaciones

ni aunque me lo hubiese pedido el señor Cánovas del Castillo. La mayor parte de los consejeros se casaron con las asociaciones sin amor, con la idea, según dice Julie Andrews, de tener camas separadas, casas separadas y ciudades separadas. Su «sí» prefiguraba, dialécticamente, el espíritu de adulterio. Se casaron con las asociaciones sin poner el cuerpo ni el alma, de manera que podemos decir muy bien que las asociaciones han venido de París, o que las trajo la cigüeña, o que fueron fabricadas en una probeta, o lo que sea, menos que han sido engendradas como engendran los verdaderos amantes, locos de golpes y manchados. A mí me importa todo esto un pito, pero me gustaría que los espectáculos fuesen por lo menos decorosos. El enorme «pero» en el que se han convertido las asociaciones es un monumento a la suspicacia política que no lo mejora ni Fernando VII. Es que, claro, como los consejeros se educaron en la Cámara de los Comunes... ■ DON MELQUIADES.